

Los recuerdos del parque.

Héctor Alfonso Lozada García
Universidad Autónoma de San Luis Potosí
22 años

¿Recuerdas que cuando niño temías subir a las resbaladillas?

Hoy día las ves de cerca, inmóviles, ajenas al paso del tiempo y a la par de tus ojos, aunque hacía unos ayeres era lo más próximo al cielo en ese jardín. Mira nada más esa pintura desgastada a la intemperie.

Mamá siempre te llevaba de la mano al subir y te esperaba al bajar ¿o no? Después iban al lago a ver a los patos ser llenados con frituras y pan. Eran pues, una bola de trigo andante. Ahora el lago está seco.

O te acuerdas de aquellos viajes en los camiones por la ciudad, el pasaje costaba cinco pesos, igual que cien gramos de jaleas surtidas en la dulcería de la esquina. La dulcería se trasladó a una plaza, cinco pesos es un chicle en las máquinas dispensadoras y tu hermana no puede andar sola en el camión.

También despertar en las mañanas con el nervio de haber incumplido una tarea, dejar el compás en casa y perder tu lápiz con el nombre rayado para darte cuenta de que ese día no tenías con qué escribir. La inercia, la costumbre junto a una alarma predeterminada son las mañanas, el mañana es el nervio y los sueños de anoche aquello que se perdió.

En fin, hay miedos que nunca se van como las inyecciones, un mal necesario, pero un temblar latente desde las entrañas, hay otros que se olvidan como esa semana que temiste a la oscuridad, por lo que tu peluche favorito se convirtió en el escudo más fuerte a la vez que el abrazo más cálido, por último, están aquellos que llegan como las grietas en las paredes, las notas rojas en los periódicos o un mundo que como carrusel no deja de girar. De repente vuelves a tu cuerpo tras un viaje a bordo de la divagación galopante y vas tarde al trabajo.

Estúpida resbaladilla tricolor, tanto evocas, tanto quitas.